

**S**abemos que la arquitectura es una manifestación cultural que refleja los relieves característicos de las sociedades que le dan forma. La delimitación del espacio natural por medio de elementos construidos para convertirlo en arquitectura es también un acto de entender y construir el mundo. Este diálogo con el cosmos se muestra no sólo en los resultados funcionales, sino también en el modo como se resuelve el discurso estético de los espacios. Es decir, la forma arquitectónica es también un texto susceptible de “leerse” y de interpretarse; nos indica qué hacían y cómo hacían su vida las sociedades antiguas; lo que pensaban y sentían.

Hace apenas unas décadas que en México arraigó la convicción de que la arquitectura y sus fenómenos va más allá de la mera apreciación y el regocijo estético, para adentrarse en los aspectos culturales que dan cuenta de la vida de los hombres y las mujeres que la proyectaron, la edificaron y la habitaron. De manera inversa, el estudio de las sociedades conlleva siempre una consideración sobre su arquitectura.

En esta línea, el libro de Gabriel Silva Mandujano no se limita a realizar una mera descripción de los elementos materiales del conjunto de casas aludido, más bien ofrece una visión antropológica e histórica de las formas artísticas y arquitectónicas, vinculando así las mentalidades sociales y su producto material. La objetivación de la cultura es un fenómeno difícil de estudiar, pues el ejercicio hermenéutico de asignar valores y significados a los testimonios materiales a partir de la interpretación compromete al estudioso a contrastar los puntos de vista con otras miradas.

---

La riqueza del libro estriba en los datos que aporta, producto de las exhaustivas investigaciones documentales, y en el hecho de que motiva a la reflexión, al planteamiento de hipótesis y la generación de sentidos; es una investigación atenta a la polisemia y a las posibilidades del conocimiento.

En su primera parte el texto describe los antecedentes históricos que dan origen a la ciudad de Pátzcuaro, desde su fundación indígena hasta su progresiva integración étnica, social y económica luego de la fundación española. Además de la riqueza natural, Silva Mandujano muestra la importancia de los elementos arquitectónicos y urbanos prehispánicos sobre los que Vasco de Quiroga proyectó la construcción de la ciudad. Las estructuras ceremoniales, la traza de caminos y la magna plaza sirvieron para desplantar los primeros edificios españoles y para definir los lineamientos de “policía” que tanto preocuparon al proyecto quiroguiano, no sólo en términos funcionales, sino también en sus aspectos simbólicos.

El texto indica también la forma como la ciudad virreinal se ordenó en barrios; hace una descripción de sus templos y hospitales, del Colegio y los conventos, de los primeros edificios, así como de la complejidad cultural por lo que hace a la convivencia multiétnica entre indígenas, españoles, negros, mulatos y demás castas. A decir de Silva Mandujano, la interacción entre la cultura indígena y la europea tuvo un carácter “yuxtapuesto” que se manifiesta en el tejido urbano, en la convergencia de los grandes espacios abiertos, propios de la arquitectura mesoamericana, y la idea de ciudad y casa que trajeron los españoles al territorio americano.

Durante el siglo XVIII, la oligarquía criolla patzcuareense controlaba la economía y la política local, extendiendo sus áreas de influencia a otras regiones de Michoacán. Debido a ello, Pátzcuaro se negó a perder la titularidad de *Ciudad de Michoacán*, primero sobre Tzintzuntzan, antigua capital tarasca, y después durante más de dos siglos, sobre Valladolid. Las ventajas comerciales de este enclave geográfico y la carga histórica del mismo, avalaron su derecho a permanecer como una ciudad de relevancia cultural. La rivalidad entre Valladolid y Pátzcuaro también se mostraba en la arquitectura, y en

esto coincido con el autor cuando sugiere que la característica señorial de Valladolid fue un poco acartonada y artificial ante la frescura barroca y natural de la ciudad de Pátzcuaro virreinal.

La consideración acerca de *lo barroco* es una de las aportaciones importantes del texto, pues se tiene el cuidado de no limitar el concepto únicamente a los aspectos formales de la arquitectura, sino que lo hace extensivo a los demás aspectos culturales. La composición multiétnica, el fervor religioso y un constante espíritu festivo son rasgos distintivos de la sociedad patzcuarensis durante el virreinato. La sociedad completa se regocijaba en las celebraciones locales y las diferentes cofradías hacían participar a cada uno de los estratos étnicos y sociales en actividades comunes, arropados todos por una misma dimensión cultural que ahora entendemos como *barroco*. En las celebraciones públicas, la ciudad se convertía en un gran escenario, delimitando el recorrido de las más solemnes procesiones, o los sitios propios para la algarabía del carnaval. En este gran escenario urbano las mujeres y los hombres barrocos de Pátzcuaro protagonizaban un papel bien definido, el de la constante búsqueda del *estado de gracia*.

Las consecuencias económicas, políticas y sociales de las Reformas Borbónicas representaron un choque frontal entre el espíritu ilustrado de la modernidad europea y el mundo barroco americano. De aquí se desprende una cuestión fundamental en el estudio de la cultura mexicana y americana contemporáneas: ¿hemos superado el trauma de este choque, y en qué medida? Esta es una de las ideas persistentes en la reflexión cultural americana y que veladamente se muestra a lo largo del libro.

Al puntualizar sobre los patrocinadores y constructores de las casas, Silva Mandujano recrea el estrato social y étnico de la burguesía criolla del XVIII, así como los lazos matrimoniales y las alinzas familiares que permitieron consolidar su hegemonía. La búsqueda constante del estado de gracia llevó a muchos constructores y patrocinadores a participar en la edificación de importantes edificios y conjuntos religiosos con facturas similares a las de algunas casas.

Relevante es el apartado sobre los alarifes y maestros de obras, área poco estudiada en la región, que destaca la importancia de estos

personajes para su gremio y la sociedad entera. Ejemplo de ello es el mulato Juan de los Santos, quien tras ocupar un rango social bajo llegó a ser el más importante director de obras en Pátzcuaro.

Para el análisis arquitectónico y estilístico, el autor se vale de una serie de imágenes con las que nos lleva a conocer la distribución de las casas, así como el ambiente que se generaba en su interior. Podemos imaginar los olores de las especias en las tiendas, la textura de los géneros, la luminocidad de patios y anexos; la cotidianidad manifiesta en las virtudes y defectos de los propietarios e inquilinos; sus posesiones mobiliarias, así como las modas en el uso de algunos espacios como el comedor.

El origen español de la casa Patzcuareense, la “casa a modo de Castilla”, es reafirmado a través de varios ejemplos comparativos. Del mismo modo, la generalidad de las casas estudiadas mantiene la asimetría en la disposición de las escaleras como remate del zaguán, lo cual se contrapone con la axialidad a medio patio de la mayoría de las casas vallisoletanas del siglo XVIII. La obra destaca el cambio de sistemas constructivos para las cubiertas, que de la paja pasaron incluso al “hormigón”, al tejamanil y finalmente a la teja de castilla. La modestia de los materiales con los que se edificaron las casas (adobe, piedra y madera) contrasta con la complejidad de sus soluciones espaciales. La de Tomás de Casas Navarrete, por ejemplo, posee una articulación del espacio casi laberíntica, pero solventa de manera clara las necesidades planteadas en su época; o la de Domingo de Mendieta, con su “escalera chueca”, expresa el espíritu barroco; en este sentido, sabemos que el exceso de espacio es un rasgo distintivo de lo barroco.

Por otro lado, se destaca el preciosismo en el labrado de la cantería en arcos, capiteles, enmarcamientos, balcones y todos los elementos de ornato, muchos de los cuales aún podemos apreciar. Éstas páginas nos señalan la valía que tenían para los moradores los escudos tallados en cantería sobre las fachadas, un discurso claro de poder y pertenencia. En este punto no podemos dejar de comparar este trabajo en piedra con el que se realizó en la talla de cantería en Valladolid en este tiempo, y que es en general, más austera.

Para la valoración de cada uno de los casos estudiados por el autor, es importante la convergencia entre el documento archivístico

y el documento edificado. Así, Silva Mandujano interpreta las descripciones escritas en relación con los hechos materiales, vinculando las dos fuentes de manera monolítica.

Es difícil hablar de estilos artísticos o arquitectónicos en términos culturales. Las casas de Pátzcuaro, habitadas por la oligarquía criolla, eran barrocas no solamente por los elementos arquitectónicos distintivos sino también por la forma en que vivían sus inquilinos, por la atmósfera que imprimían los altares y la colección de reliquias e imágenes religiosas tan apreciadas por sus dueños; por la presencia femenina en su mantenimiento material y espiritual; por ser un espacio donde convivían indígenas, españoles, negros y castas en diferentes actividades productivas, religiosas y sociales; y sobre todo, por ser los centros que proyectaban simbólicamente un espectro de poder absoluto e incuestionable.

Si consideramos la factura material de las casas estudiadas, podemos advertir que por su ubicación privilegiada en la plaza mayor de Pátzcuaro, su intrincado diseño espacial, asimétrica rebuscada tapizada de texturas y relieves; por sus grandes patios y “agua adentro”, sus portales, así como por su tamaño en relación con el resto de las construcciones habitacionales de la época, las casas construidas por este grupo oligárquico criollo delataban una estructura social compleja, que tenía acceso a una fina mano de obra y que estaba ligada a otros centros de poder como Querétaro. La libertad de creatividad, sesgada de los cánones clásicos de la arquitectura, así como el exceso de espacio y elementos arquitectónicos, indican una elegante y sutil rebeldía a lo establecido. La oligarquía criolla de Pátzcuaro sentía y hacía valer su “hidalguía”, aún sobre los españoles.

A modo de conclusión, podemos mencionar el buen tino del autor al citar el párrafo escrito hace casi cincuenta años por Manuel Toussaint en su libro dedicado a Pátzcuaro, acerca de la esperanza de que la arquitectura habitacional del lugar fuera motivo de estudios posteriores. Este libro alivia en gran medida la expectativa del maestro Toussaint, alarga sus puntos de vista y multiplica las posibilidades y las hipótesis. De la misma manera, esperamos que este trabajo siga provocando reflexiones, polémicas, interpretaciones y dudas. Aquellos

que nos hemos interesado en alguno de los aspectos de la vida patzcuarenses del siglo XVIII, difícilmente nos hemos podido sustraer de los estudios realizados por Silva Mandujano.

En este sentido, el filósofo barcelonés Eugenio Triás ha mencionado que la construcción del conocimiento es muy parecida a la construcción de las ciudades: hay ritos para su fundación, un proyecto y un plano de trazo, y paulatinamente se van sobreponiendo edificios y piedras nuevas sobre otros más antiguos, que a su vez se desplantaron encima de otros anteriores; algunos edificios y elementos se caen de viejos y otros son demolidos por obsoletos; a veces permanecen las vías, o se ensanchan o se adornan. Pero casi siempre encontramos que hay hitos inamovibles y referenciales, los que otorgan identidad y orientación a la ciudad (y al conocimiento).

Hemos acudido a esta analogía pensando en el estudio del fenómeno cultural de la ciudad de Pátzcuaro desde su antigüedad, y podemos afirmar que en *La casa barroca de Pátzcuaro* encontraremos cimientos, muros y cubiertas para el conocimiento posterior.

De la arquitectura podemos decir que el espacio arquitectónico es muy parecido al acto de enamorarse; se puede investigar, reflexionar, escribir, cuantificar, hablar acerca de él, pero es necesario vivirlo para conocerlo, es necesario transitarlo y habitarlo. Es muy probable que al Maestro Silva le sucedieran las dos cosas a la vez, cuando colaboró en el primer *Catálogo de Pátzcuaro*, de la Dra. Esperanza Ramírez. Probablemente, y como en todo fenómeno hermenéutico, el estudioso se identificó con su objeto de análisis, lo que Hans George Gadamer cita como la  *fusión de horizontes* . El texto también es una invitación para visitar, vivir y experimentar los espacios mencionados, Tal vez podría cambiar nuestra idea sobre Pátzcuaro, procurando con ello nuevas rutas para su conservación y protección como patrimonio edificado.

**Héctor Álvarez Contreras**  
H. Ayuntamiento de Morelia